

EÇA DE QUEIROZ

# EL DIFUNTO

En 1474, año tan pródigo en mercedes divinas para la Cristiandad, siendo rey de Castilla Enrique IV, llegó a la ciudad de Segovia, a morar en la señorial mansión que junto con extensas tierras y cuantiosas rentas había heredado, un joven caballero de limpio linaje y gentil apostura llamado don Ruy de Cárdenas.

Legado de un tío arcediano y maestro en cánones, su casa alzábase al lado y a la sombra de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar y frente a ella, del otro lado del atrio en el que murmuraban su vieja canción los tres chorros de una fuente, se erguía el sombrío y enrejado castillo de don Alonso de Lara, hidalgo tan acaudalado como huraño que ya en edad madura había desposado a una joven famosa en Castilla por su blancura de nieve, por sus cabellos color de aurora y por su grácil cuello de garza real.

Puesto, al nacer, bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar, don Ruy se había mostrado siempre fervoroso servidor de la Virgen aun cuando se sintiera inclinado, por su temperamento y por su juventud, a las armas y a la caza, a las fiestas galantes y a las noches escandalosas de tabernas y juego, con dados y vino. Por el amor que el profesaba a su celestial madrina, y por las facilidades que le representaba la proximidad de la iglesia, había adquirido, desde su llegada a Segovia, la piadosa costumbre de visitarla todas las mañanas para rezarle tres Avemarías e impetrar su gracia.

Al caer la noche, de regreso de alguna accidentada excursión campestre con halcón y lebreles, entraba aún al templo para murmurar dulcemente una plegaria. Y no dejaba pasar un domingo sin comprar en el atrio a una florista mora un ramo de claveles, junquillos o rosas silvestres, que desparramaba respetuoso y galante en el albo altar de la Virgen.

También todos los domingos, vigilada por una aya de ojos alertas y duros como los de una lechuza, y escoltada como por dos torres por dos fornidos lacayos, tenía por costumbre concurrir a la venerada iglesia la famosa y hermosa mujer de don Alonso de Lara. Sólo por orden expresa de su confesor, y por miedo a malquistarse con su augusta vecina, consentía el provector caballero en que la esposa, cuyos pasos espiaba apostado tras las celosías, efectuara aquella semanal visita de creyente.

Pasábase doña Leonor toda la semana encerrada en la cárcel de su oscuro palacio de granito, sin otro lugar donde salir a respirar, aun en la cálidas tardes estivales, que un pedazo de jardín verdinegro, cercado de murallas tan altas que apenas dejaban vislumbrar de trecho en trecho la fúnebre copa de algún ciprés. Pero bastó una de aquellas casi furtivas salidas de la esposa del señor de Lara para que el joven caballero don Ruy se prendase de ella la mañana de mayo que la vió arrodillada ante el altar, nimbada por los reflejos de oro con que un rayo de sol destellaba en sus cabellos, bajas las largas pestañas, entre los finos dedos el rosario, toda ella grácil y blanca, de una blancura de lirio abierto al rocío, de una blancura acentuada por el contraste de los negros encajes y las sedas negras que envolvían sus formas gentiles y se quebraban caprichosamente sobre las losas del suelo, lápida de viejas e ignoradas sepulturas.

Cuando don Ruy, saliendo de su delicioso éxtasis dobló las rodillas, lo hizo menos ante su celestial madrina la Virgen del Pilar que ante aquella deslumbradora aparición mortal de la que desconocía nombre y vida, pero por la que ambas cosas daría gustoso si por precio tan incierto se le rindiese.

Balbuzeó maquinalmente sus tres acostumbradas Avemarías, requirió el sombrero, y abandonando despacio la nave sonora del templo, se quedó esperando en el atrio, mezclado con los pordioseros leprosos que aguardaban también calentándose al sol. Después de un rato, durante el cual el corazón del caballero latió con un ritmo inusitado

de ansiedad y de temor, salió doña Leonor, tras detenerse un instante a mojar los dedos en la pila de agua bendita. Pero los ojos de la beldad no se alzaron ante don Ruy ni tímidos ni con desdén. Con el aya de los ojos alertas de lechuza pegada a sus vestidos, entre los dos lacayos fornidos que la escoltaban como dos torres, atravesó lentamente el atrio, con la tranquila fruición del recluso que goza por una vez la plenitud del aire y del sol.

Algo cruzó como una sombra el alma del enamorado caballero cuando la vió traspasar la arcada sombría de gruesos pilares y desaparecer por una pequeña puerta de servicio cubierta de herrajes. ¡Era entonces doña Leonor, la hermosa y famosa señora de don Alonso de Lara...!

Siete largos días penosos empezaron para don Ruy. Siete días que él se pasó en el alféizar de su ventana, mirando la puertecilla cubierta de herrajes cual si fuera la puerta del Cielo y esperase ver salir por ella al ángel anunciador de su bienaventuranza. Hasta que el ansiado domingo llegó por fin. Y mientras él surcaba el atrio muy de mañana con la habitual ofrenda de claveles amarillos para la Virgen, en tanto que las campanas repicaban llamando a los fieles, salía doña Leonor de entre los vetustos pilares de la arcada, blanca y suave, dulce y tranquila, cual sale la luna de entre las nubes.

Casi se le caen a don Ruy los claveles en medio de aquel alborozo en que el pecho se le empezó a agitar como un mar violento, y el alma toda se le escapó tumultuosa tras la mirada. También los ojos de ella se alzaron hacia el caballero; pero no había en aquellos ojos turbación ni duda; no reflejaban ellos ni la conciencia de estar cruzándose con otros humedecidos por la pasión y encendidos por el deseo.

Se abstuvo él de entrar al templo, retenido por el piadoso temor de no prestar a su celestial madrina la atención que le robaría, seguramente, aquella mujer que era humana pero dueña ya de sus pensamientos y divinizada por su amor. Aguardó con ansia, confundido entre los mendigos del atrio, marchitando los claveles con el ardor de las manos trémulas y desesperado por la lentitud del rosario que doña Leonor rezaba. Y no había empezado ella a recorrer la nave, cuando ya el leve roce de la seda de sus vestidos sobre las losas resonaba como una música en el alma de don Ruy.

Pasó al fin la blanca señora, y con los mismos ojos distraídos y serenos con que miró al pasar a los mendigos lo contempló a él también. O no comprendía la desazón del caballero que empalidecía de súbito ante ella, o su mirada no diferenciaba, a través del velo, los matices de las cosas.

Don Ruy se fue, conteniendo un suspiro, y ya en su cuarto, esparció devoto ante la imagen de la Virgen las flores que no le había ofrendado en el altar del templo. Su vida, desde entonces, se tornó sombría y triste ante la inhumana frialdad de la mujer, única entre todas las mujeres, que hiriera y cautivara su joven corazón. Movido por una esperanza en la que se adivinaba de antemano el desengaño dió en rondar los alrededores del amurallado jardín o en contemplar durante largas horas desde gruesas y tupidas celosías, oscuras y tortuosas como las de una prisión. En vano. El palacio permanecía silencioso y hermético, cual un sepulcro. Las puertas no se abrían. De los enrejados no salía el más leve rastro de luz.

Buscando un desahogo, el enamorado se entregó con afán, a lo largo de interminables veladas, a la tarea de componer quejumbrosas trovas que no le brindaban consuelo. Frente a la imagen de Nuestra Señora del Pilar, sobre las mismas losas en que veía arrodillarse a doña Leonor hincaba las rodillas y permanecía en silencio, sin rezar, aferrado a la agri dulce esperanza de encontrar serenidad para su corazón poniéndolo a los pies de Aquella que todo lo serena y todo lo consuela; mas cuando se levantaba de allí, después de

sus mudas plegarias, era aún más desdichado, no tenía otra sensación que la que le producía la frialdad de las rodillas, rígidas y yertas como las piedras sobre las que lo sostuvieran. El mundo se le antojaba también así. Rígido y frío.

Durante algunas otras luminosas mañanas de domingo volvió a ver a su adorada, mas siempre los ojos de ella resbalaban indiferentes sobre las cosas y los seres, o, cuando se detenían en los suyos, mostrábanse virgen de toda emoción, tan limpios y serenos que don Ruy los hubiera preferido airados, fulgurantes de ira o hirientes de soberbio desdén. Doña Leonor, lo conocía, es cierto, pero del mismo modo en que podía conocer a la ramilletera mora, sentada ante su cesto junto a la fuente, o a los harapientos mendigos que se espulgaban en el pórtico bajo los rayos del sol. No podía él siquiera pensar que fuese fría e inhumana. Sabía que era, simplemente, remota como una estrella que refulge en las alturas sin saber que abajo, en un mundo que ignora, unos ojos la contemplan apasionados y un alma la erige en reina de su albedrío.

Don Ruy, llegando a aquella conclusión, pensó entonces:

-Pues que ella no quiere y yo no puedo, es esto un sueño que debe concluir. ¡Que Nuestra Señora del Pilar nos tenga bajo su amparo!

Caballeresco y leal como era, desde que comprobó la indiferencia de ella, dejó de buscarla. Ni tornó a alzar la vista hasta las altas celosías del palacio ni entraba ya nunca en el templo cuando la veía casualmente desde el atrio arrodillada ante la Virgen, inclinada sobre el libro de Horas su hermosa cabeza nimbada de oro...

\* \* \*

No tardó la vieja aya de los ojos alertas de lechuza en contar a su señor la forma en que el arrogante caballero que moraba en la casa del arcediano se cruzaba continuamente en el atrio de la iglesia con su esposa, y la insistencia con que se apostaba en el pórtico del templo para entregarle a ésta el corazón en la mirada. Demasiado lo sabía ya el anciano don Alonso, que desde la ventana de su alcoba seguía con la vista a la señora en camino hacia la iglesia, y había advertido, mientras mesábase las barbas con furor, las esperas, las miradas incendiarias y los gestos de su juvenil vecino.

Desde aquel momento, ciertamente, la preocupación más intensa de Lara era saciar su odio contra el imprudente sobrino del canónigo, que se atrevía a levantar sus bajas pasiones hasta la alta y magnífica señora. Había hecho que un sirviente le siguiera los pasos y conocía al dedillo sus actividades todas, desde los amigos con quienes salía de caza o de fiestas hasta las personas que le cortaban los jubones o le pulían la espada. Pero con ser rigurosa esta vigilancia, mayor todavía era la que el señor de Lara había montado en torno a los movimientos de su esposa. Sus paseos, sus pláticas con las dueñas, el gesto soñador con que miraba más allá de los árboles, sus silencios, la expresión y el color con que regresaba de la iglesia, todo era estrechamente fiscalizado por el celoso y terrible don Alonso.

Mas tan inalterablemente tranquila mostrábase doña Leonor, limpia de toda culpa, que ni el celoso de imaginación más vehemente podría haber encontrado manchas en aquella inmaculada nieve. Subió a consecuencia de ello el rencor del señor de Lara contra el hombre que había osado desafiar tal pureza apeteciendo aquellos cabellos color de sol, aquel cuello de garza real, que eran sólo suyos, que constituían el espléndido regalo de su existencia. Y mientras caminaba por la parda galería del palacio, abovedada y resonante,

enfundado en su rica zamarra de pieles, hacia adelante la punta de su barba grisácea, erizado el pelo y los puños crispados, removía siempre obstinado, la misma hiel.

-Se permitió atentar contra la virtud de ella y contra la honra mía... ¡Es culpable de dos delitos y merece dos muertes!

Pero su ira se transformó en pánico al saber que el joven caballero no esperaba ya en el pórtico del templo a doña Leonor, ni espiaba bajo las tapias de la mansión, ni entraba en la iglesia cuando ella estaba, ni se preocupaba en absoluto de verla o de seguirla, hasta el extremo de que una mañana, encontrándose frente a la arcada u oyendo el ruido que hacía al abrirse la puerta por la que doña Leonor iba a aparecer, permaneció de espaldas, riendo y charlando con un obeso señor que leía algo mientras reía.

-¡Indiferencia tan bien simulada -pensó don Alonso-, sólo puede servir para ocultar alguna intención aviesa! ¿Qué andará maquinando ahora?

Exacerbáronse todas las pasiones que a su proveyta edad alentaba el desabrido hidalgo: celos, curiosidad, rencor. Creyó ver fingimiento y falsía en la serenidad de la señora y le prohibió de inmediato sus piadosas visitas a la iglesia.

Iba él, en las mañanas de domingo, a rezar el rosario y a disculparse por la ausencia de ella:

-¡No puede venir -musitaba prosternado- por lo que ya sabéis, Virgen purísima!

Con verdadera obsesión, revisó e hizo reforzar cerrojos y pestillos en las puertas de su palacio. Y de noche daba libertad a dos mastines, que vagaban en las sombras del amurallado jardín.

Un gran acero desnudo reposaba siempre a la cabecera de su austero lecho, junto a la mesa que albergaba la lámpara, el relicario y el vaso de vino caliente con canela y clavo con que templaba sus fuerzas y recobraba energías. Mas, preocupado por la adopción de todas aquellas medidas de seguridad, dormía muy poco, levantándose sobresaltado a cada momento de las muelles almohadas para asir brutal y ansiosamente a doña Leonor del brazo o del cuello y rugir con rabia concentrada presa de horribles delirios:

-¡A mí, sólo a mí!... ¡Di que solamente a mí me quieres!

Luego, tan pronto amanecía, se iba a espiar cual un halcón las ventanas de don Ruy. Jamás podía verlo ahora: ni en el atrio de la iglesia, a la hora de misa, ni al regreso del campo, a caballo, al toque del Avemaría.

Y notando aquel cambio en las costumbres de su odiado enemigo, con más fuerza sospechaba a éste dueño del amor de su señora.

Una noche, por fin, tras recorrer mil veces las losas de su galería en sorda lucha con sus odios y sus dudas, mandó llamar al intendente y le ordenó que preparase cabalgaduras y equipaje. ¡Al rayar el alba saldría con la señora doña Leonor hacia su finca de Cabril, a dos leguas de la ciudad! No fué, sin embargo, al amanecer, la partida. No se rodeó de sigilo como la fuga del avariento que va a ocultar sus arcones. Por el contrario, efectuóse con gran aparatosidad y pausa, haciendo permanecer durante varias horas a la litera, con las cortinas abiertas, frente a la puerta principal, mientras un sirviente paseaba por el patio; enjaezaba a la morisca, la mula blanca del amo, y cerca del jardín, la recua de mulos, cargados de baúles y bultos, aturdía a toda Segovia con el ruido de sus cascabeles, que hacían sonar incesantemente, molestados por las moscas bajo los rayos del sol. Así se enteró don Ruy, y la ciudad toda, de la partida del señor don Alonso de Lara.

A doña Leonor le produjo gran alegría la noticia del viaje; agradábale Cabril, con sus sotos y pinares, con sus risueños jardines a los que se abrían de par en par, sin rejas ni celosías, las ventanas de soleadas habitaciones. En Cabril, al menos, tenía aire y luz, plantas que

regar, un vivero de pájaros y tantas alamedas de tejo y laurel que eran casi la libertad. Confiaba, además, que en el campo se desvanecerían aquellas preocupaciones que durante los últimos tiempos avinagraban el gesto y el alma de su marido y señor.

No se realizó, sin embargo, esta esperanza suya, porque a la sombra de aquella jornada no se había aclarado aún el semblante de don Alonso y fácilmente se adivinaba que no había frescura de frondas, murmurios de arroyuelos ni perfumes de rosales en flor capaces de serenar el agitado y sombrío espíritu del celoso. Cual por sus galerías de Segovia, paseaba sin descanso por las arboladas alamedas de Cabril, envuelto en su zamarra de pieles, hacia delante el pico de su barba gris y erizada hacia atrás la melena, con un terrible rictus en los labios, como discurriendo maldades y gozando de antemano el placer de realizarlas.

Todo su interés se concentraba en un criado que recorría a caballo continuamente el camino entre Cabril y Segovia y al que aguardaba en las afueras del pueblo, ansioso de interrogarlo, tan pronto desmontaba sudoroso, para imponerse de las noticias del día.

Una noche, mientras doña Leonor rezaba el trisagio en su alcoba, acompañada por las ayas y a la luz de un hachón de cera, irrumpió pausadamente el señor de Lara con una hoja de pergamino en una mano y la pluma y el tintero de hueso en la otra. Desabridamente despidió a las sirvientas, que se alejaron temerosas, y aproximando un escabel se volvió hacia doña Leonor con gesto tranquilo, como si fuese a tratar con ella de algo natural y sin importancia.

-Deseo, señora -dijo-, que me escribáis una carta. Una carta que me interesa especialmente escribir...

Era tanta la sumisión con que ella acogía siempre las órdenes del esposo, que, sin dar muestras de curiosidad, colgando de una barra del lecho el rosario con el que rezaba, sentóse sobre el escabel y empezó a escribir con letra clara y bella lo que don Alonso le dictaba.

Mi caballero... decía la primera línea. Mas cuando el señor de Lara dictóle la siguiente, la infeliz dejó súbitamente la pluma, como si le quemara las manos, y exclamo con dolorido acento:

-¿En virtud de qué, señor, me habéis de obligar a escribir semejantes falsedades?

El hombre entonces, demudado el rostro por la ira, llevase la mano al cinto y sacando un puñal con el que amenazó a su esposa, masculló con voz ronca:

-¡Os obligo a escribir eso porque me conviene, y lo escribiréis o por Dios que os apuñalo!

Con el semblante más blanco que la cera de la vela que los alumbraba, temblando de espanto ante el brillante y amenazador acero, presa de un supremo terror que le hizo olvidar todo, doña Leonor aceptó:

-¡No me maltratéis, por la Virgen María! Volved en vos y serenaos, que yo sólo vivo para serviros. Dictadme lo que queráis, y escribiré.

Con las manos crispadas en el borde de la mesa donde dejara el puñal, fulminando a la débil y temblorosa mujer con una mirada cargada de odio, dictó una misiva que poco después quedó escrita con letra vacilante y confusa.

*Mi caballero -decía-: O me habéis interpretado muy mal o muy mal pagáis el amor que os profeso y que no tuve nunca ocasión, en Segovia, de manifestaros claramente... Estoy ahora aquí en Cabril, soñando con veros, y si vos también lo anheláis podéis con toda facilidad realizar vuestro anhelo, pues mi marido el señor de Lara, se ha ausentado de esta casa. Llegad esta noche. Franquead la puerta del jardín y seguid por la parte del camino hasta la terraza, después de bordear el estanque. Veréis desde allí una escala apoyada en una ventana. Esa ventana es la de mi alcoba, donde os espero con ansias, y en ella os agasajaré tiernamente.*

-Bien. Firmad ahora con vuestro nombre, que es lo principal.

Lentamente, con el rostro enrojecido cual si la estuviesen desnudando ante una muchedumbre, la desdichada trazó su nombre.

-Sólo falta ahora dirigirla -ordenó el marido-. Escribid: Don Ruy de Cárdenas.

En medio de la sorpresa que le causara aquel nombre desconocido, se atrevió a levantar la vista.

-¡En seguida! ¡Escribid lo que os he dicho! -volvió a ordenar el anciano con expresión cada vez más siniestra.

Cuando doña Leonor hubo dirigido a don Ruy de Cárdenas la indecorosa misiva, el señor de Lara guardóse en el cinto el pergamino, junto al puñal ya envainado, y abandonó silencioso la estancia, perdiéndose a poco el ruido de sus pasos sobre las losas del corredor.

La pobre quedó sobre el escabel, caídas en el regazo las manos cansadas, en medio de un anonadamiento general, con la mirada perdida en las sombras de la noche. ¡Ni la muerte parecía ahora tan oscura como aquella intriga en la que la acababan de complicar! ¿Quién era aquel don Ruy de Cárdenas, del que jamás oyera hablar, con el que jamás se tropezara en su existencia tan clara, tan poco poblada de hombres, tan ligera de recuerdos? Tal vez él la conocería, la habría seguido, al menos con la mirada. Sí, el desconocido señor de Cárdenas debía haberla deseado y amado sin que ella lo supiera, pues que no se explicaba, en caso contrario, que aceptara como natural una carta de ella portadora de tan apasionadas promesas.

He ahí, pues, que en su destino irrumpía bruscamente, traído de la mano por su esposo, un hombre joven, acaso bien nacido y quizás gentil. Y he ahí que lo hacía en forma tal que le eran abiertas ya las puertas del jardín y poníase bajo sus pies una escala que le daría acceso a la alcoba de ella. Y de todo aquello era autor su marido, que era quien abría secretamente la puerta y secretamente apoyaba la escala sobre el muro de su balcón. Pero... ¿Para qué? ¿Qué fin perseguía el señor de Lara?

Súbitamente en posesión de la verdad, de la vergonzosa e infamante verdad, doña Leonor lanzó un gemido de angustia. ¡Se trataba de una celada! ¡Don Alonso atraía a su heredad de Cabril a aquel don Ruy de Cárdenas, valiéndose de su promesa para tenerlo a su merced y asesinarlo impunemente! ¡Y era ella, su amor, su cuerpo, lo que se ofrecía como cebo a los ojos seducidos del desdichado galán! ¡Su propio lecho iba a ser la red en que caería aquella presa enloquecida! ¿Cabía mayor ofensa a su pudor y a su decoro? ¡Y cuán imprudentemente obraba, por otra parte, el señor de Lara! ¿No podía acaso muy bien, aquel don Ruy de Cárdenas, concibiendo alguna sospecha, rehusar el convite y mostrar luego por toda Segovia, orgulloso de su triunfo, la infamante carta en la que le ofrecía su amor y su lecho la mujer de don Alonso? Mas no. El infortunado volaría a Cabril, hacia la muerte. Y moriría vilmente asesinado, en el tenebroso silencio de la noche, sin sacerdotes ni sacramentos, con el alma enterrada en el lodazal del pecado. Moriría, si, irremisiblemente, porque jamás el señor de Lara consentiría en dejar con vida al portador de aquella terrible misiva. Moriría, pues, aquel joven, de amor por ella. De un amor que lo llevaba al sepulcro sin haberle valido nunca la sombra de un placer. Ciertamente, sería el amor de ella lo que lo mataría, pues el odio de don Alonso -odio que tan desleal como villanamente se cebaba- sólo podía ser hijo de los celos que le ensombrecían el alma y le hacían olvidar sus más elementales deberes de cristiano y de hombre. A buen seguro que el anciano habría sorprendido gestos, miradas y ademanes de don Ruy, tan imprudente como enamorado.

Mas ¿cuándo?, ¿cómo? Recordó confusamente a aquel joven que un domingo cruzárase con ella en el atrio de la iglesia, aguardándola luego con un ramo de flores en la mano... ¿Sería él? Tenía noble y gentil continente, era pálido, de grandes ojos negros y ardientes... Ella había pasado indiferente... Las flores que el caballero portaba eran claveles... Claveles rojos y amarillos... ¿A quién los destinaba?... ¡Oh, si le pudiese poner sobre aviso, en seguida, antes del nuevo día...! Pero, ¿cómo, si no contaba en Cabril con una sirvienta o un criado de quien fiarse? Sin embargo tampoco podía permitir que un puñal aleve partiese aquel corazón joven, que llegaría palpitando por ella, lleno de sus promesas y de su amor. ¡Ah, la dramática carrera de don Ruy desde Segovia a Cabril, impaciente ante la promesa del jardín abierto, de la escalera en el balcón y de la dama de sus sueños esperándole ansiosa en el silencio de la noche! ¿Dispondría, realmente, el señor de Lara, la colocación de la escalera? Si, la dispondría, seguramente. Así podría matar con mayor facilidad al pobre, dulce e ingenuo mozo que ascendería confiado, con las manos aferradas a la madera y el acero envainado. ¡Así que a la otra noche, a la noche siguiente, la ventana permanecería abierta frente a su lecho, y una escalera arrimada a la pared esperaría a un hombre! ¡Y su marido, agazapado en las tinieblas de la alcoba, asesinaría a mansalva al hombre que subiera!...

¿Y si don Alonso lo aguardaba afuera, del otro lado de los muros de la finca, para matarlo alevosamente en algún sendero y, o por menos diestro o por menos fuerte caía atravesado por la espada del otro, ignorante de quien era su inesperado agresor? ¡Y ella, mientras tanto, en su alcoba, sin saber nada, con las puertas abiertas y la escala sobre el muro, y el desconocido asomado a la ventana, al amparo de la noche tibia, mientras su marido, el hombre que debía defenderla, yacía ensangrentado en el fondo del algún barranco!... ¿Qué hacer, Dios del Cielo? ¿Qué hacer? ¡Rechazaría altivamente al osado! Mas ¿y la espantada sorpresa de él, y su rencor excitado por el engaño? “¡Me llamasteis, señora!” –argüiría mostrando la carta con su firma. ¿Cómo, Virgen Santa, contarle la terrible verdad, la emboscada y la traición?

¡Sería tan difícil y largo explicar todo en aquella silenciosa soledad nocturna, mientras los ojos ardientes y negros del caballero le suplicasen apasionados! ¡Infeliz de ella si don Alonso sucumbía y la dejaba sola, librada a sus medios, en aquel caserón abierto! ¡Y que desgraciada también sería si aquel hombre, que la amaba y que por ello venía corriendo, deslumbrado por su cita, encontraba la muerte en el lugar donde soñaba realizar su amoroso anhelo, y rodaba por el abismo de su eterna perdición, muerto en pleno pecado y en el escenario de su pecado!

Unos veinticinco años tendría, si era aquel joven arrogante y pálido, de jubón de terciopelo negro, que esperaba con un ramo de claveles rojos en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora, en Segovia...

Las lágrimas surgieron de los enrojecidos ojos de doña Leonor. Y arrodillándose ante la imagen de la Virgen del Pilar, el alma dirigida al cielo, donde empezaba ya a lucir la luna, la desventurada imploró con amargo y fervoroso acento:

-¡Virgen del Pilar, Señora mía: tómanos a los dos, a todos, bajo tu divina protección!...

\* \* \*

Penetraba el joven señor de Cárdenas en el sombreado patio de su residencia, cuando un muchacho campesino, levantándose del banco de piedra que había en la esquina, sacó de su zurrón una carta y se la alargó con estas palabras:



-Apuraos en leerla, caballero, que tengo que volver a Cabril con la respuesta...

Abrió don Ruy el pergamino, y tal deslumbramiento le produjo su lectura que lo apretó contra el pecho cual deseoso de enterrarlo en su corazón.

El mozo, visiblemente inquieto, insistió:

-Daos prisa, por favor. No. No he de llevar contestación, sino la seguridad de que os habéis impuesto del mensaje. Dadme, pues, algo en señal de que os entregué la carta.

El señor de Cárdenas entrególe uno de sus guantes bordado con un hilo de seda, que el criado guardó presuroso en su zurrón. Y se alejaba ya corriendo sobre la punta de sus abarcas cuando don Ruy lo detuvo con una voz.

-¿Qué ruta sigues para ir a Cabril?

-La más segura y apropiada para la gente que no tiene miedo: la del cerro de los Ahorcados...

-Está bien. Puedes irte.

Subió el sobrino del canónigo a grandes saltos las escaleras de piedra y ya en su aposento, sin sacarse siquiera el sombrero, volvió a leer, junto a la celosía, la divina misiva en que doña Leonor lo llamaba para esa noche a su cuarto, le brindaba su amor... No le extrañaba, por cierto, aquella ofrenda, después de una indiferencia tan completa y constante... Juzgó más bien el de ella uno de sus amores astutos a fuer de intensos, que simulan ante las dificultades y los peligros y preparan en silencio la hora de saciarse, hora más dulce y maravillosa por lo más esperada... Ella, por lo visto, lo había amado siempre, desde aquella celestial mañana en que sus ojos se encontraban, en el pórtico de Nuestra Señora... Mientras él ambulaba bajo los muros de aquel jardín, quejándose amargamente de una frialdad que consideraba entonces mayor que la de las losas sobre las que pisaba, ella le había entregado ya su alma, y con amorosa constancia y singular sagacidad, reprimiendo todo indicio para desvanecer sospechas, preparaba la noche maravillosamente feliz en que le entregaría también su cuerpo...

Y aquella perseverancia, aquel fino ingenio en las lides del amor, hacían a doña Leonor aún más hermosa y apetecida a los ojos del caballero.

¡Con cuánta impaciencia contemplaba entonces al sol, remiso aquella tarde en ocultarse tras de los montes! Sin darse tregua, encerrándose en el cuarto para la gloriosa jornada: las finas prendas con encajes, el más flamante jubón de terciopelo negro, la esencia. Bajó a la caballeriza dos veces en pocos minutos para ver si su caballo estaba presto. Dobló y tornó a doblar sobre el suelo la hoja de la espada que llevaría en la aventura... Mas su mayor preocupación era el camino de Cabril, que conocía perfectamente, y el pueblo agrupado en torno del monasterio franciscano, y el antiguo puente romano, con su calvario, y la profunda torrentera que lleva a la finca del señor de Lara. Durante el último invierno, precisamente, había estado por allí, yendo de montería con dos amigos de Astorga, y ahora recordaba que había pensado, contemplando las torres de la heredad de su amada: "¡He ahí la casa de la ingrata!" Y bien: ¡Cómo se engañaba!

Lucía la luna en aquellas noches. Sigilosamente, abandonaría Segovia por la puerta de San Mauro, y un breve galope lo pondría bien pronto en el cerro de los Ahorcados. Conocía igualmente aquel lugar de fúnebre y pavorosa sugestión, con sus cuatro patíbulos de piedra en los que se ahorcaba a los criminales, cuyos cuerpos quedaban luego balanceándose en el aire, hasta que las sogas se pudrían y los esqueletos caían a tierra, limpios de carne por la acción de la intemperie y por los picos de los cuervos.

La última vez que había ido al cerro, tras el cual se extendía la laguna de Las Dueñas, fue el día del Apóstol San Matías, cuando el corregidor y las hermandades de la Paz y de La

Caridad dirigieron allí, en solemne procesión para dar sagrada sepultura a los huesos recogidos del suelo. El camino, más allá, discurría llano y recto hasta Cabril.

Meditaba así el señor de Cárdenas en torno a la jornada venturosa que le esperaba, y, en tanto, caía lentamente la tarde. Al oscurecer, cuando los murciélagos empezaron a girar alrededor de las torres de la iglesia y los nichos de las Ánimas se encendieron en las esquinas del atrio, sintió el audaz caballero que un extraño temor, el temor de aquella dicha que se le acercaba y que a veces se le antojaba sobrenatural, empezaba a ensombrecerle el alma. ¿Sería, pues, un hecho que aquella mujer de divina belleza, famosa por su hermosura en toda Castilla y más remota hasta entonces que una estrella, se le iba a entregar en el silencio tranquilo de su alcoba dentro de pocos momentos, cuando aún brillasen aquellas piadosas lucecitas delante de los retablos de las Animas? ¿Cómo había merecido él semejante felicidad? Había pisado las losas de un atrio buscando con los ojos otros ojos indiferentes y fríos, que no se alzaron nunca amorosos hacia los suyos. Resignadamente, sin grandes esfuerzos, había abandonado toda esperanza... Y he aquí que de improvisto, aquellos ojos distraídos lo buscan; aquellos inaccesibles brazos se tienden hacia él, francos y abiertos, y, con el corazón y con el alma, le grita aquella mujer: "¡Ah, inconstante, que no supiste interpretarme! ¡Ven a mí, que quien creíste impasible te ama y te pertenece!" ¿Se dió jamás, en ninguna parte, ventura tal? Tan grande, tan extraña era que tras ella debía rondar, si no erraba la humana ley, análoga desventura. ¡Y claro que rondaba! ¿Acaso no lo era ya el saber que después de aquellos instantes de dicha cuando él abandonara los mórbidos brazos y tornara a Segovia, su doña Leonor, la ilusión de su vida, el bien tan inesperadamente adquirido por un momento, quedaría otra vez bajo el albedrío de otro hombre?

Mas que importaba. Vinieran luego celos y dolores, que aquella noche era suya, exclusiva y espléndidamente suya. Todo el mundo, aparte de la alcoba mal iluminada donde ella lo recibiría con los cabellos sueltos, era una vana apariencia.

Descendió a saltos la escalera y montó a caballo. Después, por prudencia, atravesó despacio el patio, con el sombrero sobre la cara, y en la reposada actitud del que se dispone a dar un paseo más allá de las murallas, atraído por la brisa suave de la noche.

Llegó sin novedad hasta la puerta de San Mauro. A la sombra de un viejo arco, de cuclillas en el suelo, un mendigo que tocaba monótonamente su zampoña pidió a la virgen y a todos sus santos, en confusa cantinela, que tuviesen bajo su santa guardia al joven y airoso caballero. Disponíase don Ruy a detenerse para darle una limosna, cuando recordó que esa tarde no había ido, a la hora de Vísperas, a impetrar la bendición de su augusta madrina. Viendo en ese momento cerca del antiguo pilar del arco un retablo débilmente iluminado por una lámpara, desmontó de un salto, dejó el sombrero sobre las losas, arrodillóse, y juntando las manos en actitud piadosa, rezó una Salve ante la imagen, que era la de la Virgen atravesada por siete puñales. El amarillo resplandor de la lámpara envolvía el rostro de la Virgen, que, como si no sintiera el dolor de los siete aceros, o si ellos le proporcionaran por el contrario, inefables goces, sonreía dulcemente, con los labios entreabiertos.

Como en el convento de Santo Domingo empezaran a tocar la agonía mientras don Ruy rezaba, el mendigo dijo, cesando la monótona sonata de su zampoña:

-¡Un fraile se está muriendo!

El señor Cárdenas rezó un Avemaría por el alma del fraile que se moría. Luego, viendo cómo la Virgen de las siete espadas seguía sonriendo, maternal y serena, pensó que no era el toque de agonía un mal presagio aquella noche. Hizo, pues, la señal de la cruz, dio al

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

